

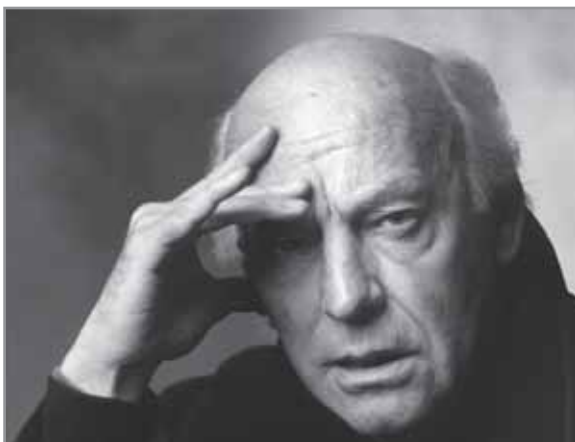


EDUARDO GAELANO

LA LITERATURA DE IZQUIERDA PREDICA EL CORAJE,
PERO PRACTICA LA COBARDÍA.

JAVIER JIMÉNEZ

El pasado mes de marzo, el escritor uruguayo Eduardo Galeano clausuró el ciclo “Escribir y publicar en las dos orillas”, organizado por la Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico del Cabildo Insular de Gran Canaria. Previamente a su intervención, titulada “La palabra a contraviento”, este escultor de metáforas y de dardos mantuvo un encuentro con un pequeño número de periodistas, a los que certificó la doble naturaleza de su verbo: amable con la ficción y ácido con la realidad que vivimos. Literato y periodista, analista y dibujante, su trinchera se ha convertido en un referente del pensamiento crítico occidental.



¿Cuál es su opinión respecto a la emergencia, en la última década, de gobiernos de izquierda en numerosos países latinoamericanos?

La gente ha votado expresando una clara voluntad de cambio y eso implica una esperanza de los votantes y una responsabilidad para los votados, en un mundo donde las experiencias de cambio que la izquierda ha propuesto se hacen cada vez más difíciles, porque los espacios para el cambio han sido reducidos y controlados en los últimos años. Hay una suerte de veto al cambio impuesto por el supergobierno universal, que es el Gobierno que gobierna a los gobiernos, los grandes organismos financieros, las corporaciones gigantes, los países dominantes. Todo esto confluye en una dirección que me parece muy negativa, porque me preocupa mucho la suerte de la democracia en nuestros países, sobre todo su desprestigio a los ojos de la gente joven, en la medida en que esos gobiernos no sean capaces de hacer frente al desafío que tienen planteado, o sea, la tentación de repetir la historia en lugar de cambiarla.

Si esto es así, yo personalmente creo que hay que pelear para que las circunstancias cambien, porque lo más importante es la defensa de este crédito de esperanza abierto por la población a fuerzas que ahora tienen la oportunidad de demostrar que la democracia es posible, no como un teatro donde los acróbatas ensayan sus piruetas y donde se realiza desde el Gobierno lo contrario que se prometió desde el llano.

¿Qué diferencias encuentra entre la línea socialista que se mantiene ahora en los países de Latinoamérica y la imperante en los años sesenta?

Depende del lugar. Es evidente que las cosas han cambiado y que los espacios abiertos para las experiencias de cambio social profundo se han reducido mucho. Yo creo que al mundo le hacía mucho bien ser multipolar, al margen de la opinión que cada uno pudiera tener del llamado socialismo real, que probablemente era real, pero no muy socialista. Ahora el mundo se ha reducido a una sola opción, con algunas contradicciones entre Estados Unidos, Europa y Japón. Hay un poder hegemónico, muy unipolar, que es enemigo de la diversidad. Es un mundo donde es mucho más difícil luchar por la justicia social, entendida en profundidad, como una transformación estructural de la sociedad. Lo que ahora se permite es otra cosa, el ejercicio de la caridad, lo que llaman la dimensión social del mercado, una de esas trampas del lenguaje que significa “hay que dar maíz a las palomas”.

¿Cree necesaria y posible alguna reformulación del socialismo?

Espero que sí. Hay un problema de desprestigio de las palabras, ya no se sabe muy bien lo que significa casi ninguna. El siglo XX y lo que vamos del XXI se han ocupado, entre otras cosas, de exterminar el diccionario. Han exterminado los recursos naturales del planeta; y el alma hasta cierto punto, pues algo nos queda vivo todavía. Una de las cosas que han logrado es el exterminio del significado de las palabras, y socialismo es una de las que cayeron en la voltea. Claro que hay que redefinir todo y tratar de devolverles el significado que quisieron tener, como hay que tratar de que el mundo sea lo que quiso ser cuando todavía no era. Que el mundo quiso ser una casa de todos y no esta cosa en la que se está convirtiendo. La palabra socialismo se ha identificado con dos cosas que mucho no tienen que ver con el socialismo: con un sistema muy vertical de poder, que trató al pueblo como si fuera menor de edad o débil mental, y con el maquillaje del capitalismo a cargo de los gobiernos socialdemócratas. Hay que reencontrarlo. Y tengo la sensación de que avanzaríamos mucho si lográramos que la libertad y la justicia volvieran a casarse.

¿Estuvieron juntas alguna vez?

Parece que sí, porque de algún lado viene el divorcio. Yo tengo amigos que se han casado varias veces; son reincidentes. Y, de repente, sería bueno que volvieran a casar-

se, pero después de nacer de nuevo, cosa que puede ocurrirnos en la vida, nacer de nuevo varias veces. Es una tremenda tarea la que hay que desarrollar en ese sentido, pero ojalá alguna vez la justicia y la libertad puedan unirse, quedar bien pegaditas. Ahora están muy divorciadas, y la tragedia del siglo XX fue ese divorcio; fue preciso en algunos países del Este, sacrificar la libertad en nombre de la justicia; y se ha hecho y se sigue haciendo en lo que llaman mundo occidental, el sacrificio de la justicia en nombre de la libertad. A la justicia y a la libertad hay que decirles “bueno, a ver, ¿qué tal si vuelven a vivir juntas?, ¿qué tal si se quieren un poquito?”

¿Qué evaluación hace del fenómeno de la emigración de hoy en día?

La emigración no es una novedad del mundo actual, pero nunca tuvo la intensidad que tiene ahora. Nunca se ha dado con las dimensiones trágicas que asume este éxodo de millones de personas que van del sur al norte, no sólo a Europa, sino en general del mundo pobre al mundo rico, buscando la salvación personal. Son millones de desesperados que huyen de las guerras, de la miseria y de las catástrofes llamadas naturales, y son rechazados con las puertas en las narices. Éste es un mundo bastante mentiroso, que habla de una libertad de circulación que sólo existe para el dinero. A veces se permite el ingreso o se hace la vista gorda para que entren algunos de esos desesperados en busca de trabajo o de mejores condiciones de vida, pero eso corresponde a las necesidades del mercado de trabajo, o sea, es para usar esa mano de obra disponible que se ofrece por nada o por casi nada.





¿Qué circunstancias se han convertido en las razones primeras de este éxodo?

Primero las llamadas catástrofes naturales, que lo son pero en mínima medida, derivadas de esto que llaman suicidio del planeta, que de suicidio no tiene nada: es un crimen llevado a cabo en función del beneficio, las ganancias y la eficiencia de un sistema productivo que está generando el exterminio del mundo en el que vivimos. Y desde siempre, aunque ahora con más intensidad que nunca, ocurre que estas catástrofes afectan sobre todo a los pobres y, en algunos casos, casi exclusivamente a los pobres, porque son los más vulnerables y no tienen de donde agarrarse. Pierden sus tierras por la erosión o por inundaciones, pierden sus casas en los aludes, los huracanes se les llevan lo poco que tienen y esos fenómenos en gran medida provienen de los desequilibrios ecológicos generados por un sistema que ha enviado el clima al manicomio. No sólo las vacas están locas, también el clima; y la gente: estamos convirtiendo al mundo en un manicomio y en un matadero a la vez.

¿Qué políticas cabría entonces aplicar para que logremos tomar conciencia real y efectiva de la importante afección del medio ambiente a escala planetaria?

Cada cual lo hace como puede, no tengo un recetario para la salvación del mundo, ni siquiera para la mía personal. Soy muy modesto en eso y hay que ser respetuosos con los demás. Pienso que es bueno todo lo que se haga y que es muy difícil hacerlo, pero yo aún creo en la palabra y confío en que alguna misión puede cumplirse.

¿Cuál sería esa misión de la palabra, o cuál desearía que fuera?

Desayuno dudas cada mañana; a las nueve y media no creo en nada; más o menos a las once empiezo a creer; después, como a las dos de la tarde, se me cae la fe de nuevo; y de noche se levanta, en general en la noche mejoro. No soy un optimista “full time” y cada vez que conozco a uno huyo a la disparada, porque me parece inhumano. Los humanos somos así, tenemos alientos y desalientos. Yo sigo creyendo que vale la pena pelear para que el mundo no se acabe. Me voy a acabar antes que él, pero siento que tengo cierta continuidad en los demás, me reconozco, veo chiquilines en la calle y digo “¡qué lindo que se van a quedar, aunque yo me vaya!”. Tenemos la responsabilidad de dejarles un mundo que sea habitable, porque éste no puede ser. ¡Qué derecho tienen los que se han comprado el mundo en un supermercado para convertirlo en un basurero como lo están convirtiendo! Es la sociedad de consumo la que ha generado esta situación, este supremo derecho al desperdicio de los recursos de todos por parte de una minoría. Y eso es muy difícil de atacar, porque son hábitos muy arraigados, sobre todo en la sociedad que más influye sobre las otras, la de los Estados Unidos, donde el automóvil es el miembro más importante de la familia.

¿Es un posible problema a resolver el importante incremento de la población humana acaecido en las últimas décadas?

Escuché eso muchas veces, sobre todo para explicar lo que ocurre en Haití, un país al que amo y admiro mucho. Haití es el país más poblado de las Américas y se dice que es imposible encontrarle una salida, porque hay demasiados haitianos. Eso es desprecio por las estadísticas. Haití tiene tantos habitantes por kilómetro cuadrado como Italia o Alemania. El embajador de Alemania me lo decía, hace unos años: “Aquí no hay sobrepoblación; de lo único que la hay es de artistas. Haití tiene la más alta proporción de artistas del mundo”, me decía mostrándome las espléndidas pinturas y las maravillas que tenía en la casa de los escultores haitianos, capaces de crear hermosura a partir de la basura, recogiendo latas podridas de la calle. Es un mito universal. No hay demasiadas bocas en el mundo todavía o, en todo caso, hay más pan que bocas. La cantidad de alimentos de la que el mundo dispone excede a la cantidad de habitantes; lo que pasa es que está mal distribuida.

Hablando de mala distribución y retomando el vínculo con el significado de las palabras, quizás debiéramos hablar de países enriquecidos y empobrecidos, en lugar de países pobres y países ricos...

Es cierto. Como cuando se dice países subdesarrollados y desarrollados. O, peor aún, esa expresión que usa la tecnocracia internacional, “países en vías

de desarrollo”, que es como cuando se dice “bueno, mi mujer no es linda, pero es interesante”. ¿Qué es países en vías de desarrollo? Están confundiendo a un niño con un enano. Lo que hay son países subdesarrollados porque han sido arrollados por el desarrollo ajeno. No hay ningún país en vías de desarrollo, son países en vías de subdesarrollo. Y no vale el cuento de que dentro de 200 años seremos como los suizos. Además, ¿vale la pena ser como los suizos? Hay que negarse a aceptar esa opción, ése “si el mundo será libre usted tiene el derecho de elegir: ¿se quiere morir de hambre o de aburrimiento?”. ¿Tendremos que seguir aceptando esa alternativa o seremos capaces de generar otra? Habría que generar otra; yo no me quiero morir ni de hambre ni de aburrimiento.

¿Se pronunciaría sobre la actual situación política y social en Cuba?

Ya he expresado en altavoz mis disidencias en numerosas ocasiones, sobre todo en Cuba misma. Con los cubanos tengo, desde hace ya muchos años, una relación muy fraternal y cariñosa, y siempre muy libre. Entonces, las cosas que no me gustan o con las que discrepo las digo y creo que las seguiré diciendo. Yo no creo que la omnipotencia del Estado sea la mejor respuesta a la omnipotencia del mercado. Pero también creo que Cuba es para nosotros un símbolo entrañable e importantísimo de solidaridad y de dignidad, en un mundo que parece condenado a la indignidad, como si la indignidad fuera

destino. Cuba es el país más solidario del mundo. Ha dado todo a todos sin pedir nunca nada a cambio, y en ese sentido merece todo mi amor y todo mi respeto. Creo que para quererla de verdad hay que quererla como es y no como uno la inventa. Nunca creí que Cuba fuera un paraíso y, por lo tanto, me niego a creer que sea un infierno. Creo que está hecha de barro humano, como nosotros, y que es como nosotros, imperfecta.

El paradigma que se ha dado a llamar “literatura comprometida”, ¿qué valoración le merece?

Creo que lo que uno escribe tiene que provenir en línea más o menos recta de lo que ahora llamamos corazón y los griegos llamaban hígado, y claro que luego pasa por la cabeza, pero que hacer el camino inverso no funciona, o sea, cuando uno se da la orden de escribir de determinada manera para no divorciarse del pueblo el resultado es una catástrofe. Toda esa literatura de izquierda es literatura de parroquia, que no sirve para nada, que sólo se dirige a los convencidos de antemano y, por lo tanto, es una literatura que predica el coraje, pero practica la cobardía. En el fondo, es una masturbación, no un acto amoroso. Uno, frente al espejo, pronuncia frases inolvidables, nacidas para ser inmortales y se convence de que es el pueblo el que las necesita y que, por lo tanto, sin uno el pueblo no puede vivir. Hay que ser más modesto y más auténtico, uno tiene que escribir lo

que sienta, porque, si no, no funciona y el resultado es completamente ortopédico. Quien no siente el placer cuando escribe es incapaz de transmitirlo. Y la literatura no sirve si no transmite el placer. Es una paradoja, porque, a veces, uno escribe de temas horribles, pero esos temas horribles tienen que proyectarse de una manera atractiva para el lector. Lo de la literatura comprometida siempre me pareció condenado a dar pésimos resultados; ahí está todo lo que fue el realismo socialista a lo largo del siglo XX, que generó tantas palabras inútiles, pronunciadas siempre en nombre del pueblo, como si el pueblo fuera un salvoconducto para la mala calidad de lo que se hace. Hay que ser muy exigente, desde la certeza de que lo que uno hace es honesto y puede servir o no, puede o no multiplicarse. Porque la prueba de que un libro vale no está en los libros, sino en los lectores. ¿Ha recibido el que lo lee algo que no esperaba, algún minúsculo fueguito se le ha encendido adentro, en la memoria? ¿Se le despertó una capacidad de indignación que parecía dormida o una capacidad de asombro que no tenía desde que era un niño? Si un libro funciona se sabe en quien lo lee, que es parte del libro, porque, cuando un libro es libro de verdad, está vivo, respira y te toca.

Abundando en las significaciones de las palabras, ¿qué opina del término “terrorismo”?

El patriotismo es hoy por hoy un privilegio de los países enriquecidos; cuando

ocurre en países empobrecidos se lo llama terrorismo o, en el mejor de los casos, populismo. O sea, la defensa de la propia tierra, del propio país, de la propia gente, es un privilegio de los que mandan. Hoy por hoy, el único delito de buena parte de los que son calificados de terroristas consiste en defenderse como nacionalidad, como nacionalidad oprimida o pueblo despojado, como los palestinos o los saharauis. En el mundo de hoy, el terrorismo lo ejercen los países dominantes, que son los que promueven, desde el terror de Estado, el terror privado. Todos esos grupos de fanáticos enloquecidos que se multiplican ahora tienen mucho que ver con la guerra de Iraq, que probablemente sea el acto terrorista más grave en muchos años, mucho más que el de las torres gemelas de Nueva York, porque ha matado a mucha más gente inocente. Y las tragedias no se miden por la cantidad de víctimas, pero, en este caso hay que subrayar que, una guerra mentida y mentirosa, que provino de la falsa información de que Iraq tenía armas de destrucción masiva, se ha traducido en el atentado terrorista peor que la humanidad ha sufrido en muchísimos años. Y eso, a su vez, ha generado otros terrorismos, porque se han multiplicado muchísimo la cantidad de enloquecidos que andan por ahí cargando bombas, los fanáticos desesperados, hijos de estos atentados terroristas. La violencia engendra la violencia, el terror engendra el terror y el terrorismo de Estado engendra otros terrorismos.

¿Qué opinión le merece el “alto al fuego permanente” anunciado por ETA?

Que ojalá sea verdad, que ya iba siendo hora, aunque no tengo una opinión concreta sobre ETA, sino sobre el terrorismo en general. La ETA ha utilizado métodos terroristas, y yo estoy en contra del terrorismo, en todas sus formas. Cualquier forma de expresión que tenga el terrorismo me parece abominable, tanto el terror de Estado, que es el que se traduce en guerras criminales como ésta que padece Iraq, como el terror de los grupos que operan en nombre de la religión, la patria, el pueblo o lo que sea. El terrorismo me parece, siempre, repudiable, es el desprecio por la vida humana. Una cosa son, han sido y espero que sigan siendo los procesos revolucionarios populares y otra los atentados terroristas, así sean promovidos por estados todopoderosos como por grupos minúsculos de fanáticos y de desesperados.